

del pantano. La hembra mientras incubaba no sale del nido hasta que uno esté sobre ella, y cuando tiene pichones también poco se aleja de ellos. Como son de una especie algo más grande y corpulenta que la anterior, son más buscadas y perseguidas, además se ponen muy gorditas, lo que las hace más apetecibles. Generalmente desaparecen de la zona durante el otoño. Al perseguirlas hacen un corto vuelo en círculo y se vuelven a posar corriendo un trecho con la cabeza levantada y tratando de ocultarse entre los pastos donde se agachan. Tenemos en la Argentina 4 especies más de este género que son: *Gallinago nobilis* Sel. y *G. Stricklandi* Gray, que son de la Patagonia sur y Tierra del Fuego; *G. gigantea* (Temm.), rara ahora en la Pcia. de Bs. Aires y que es de la zona chaqueña; y *G. frenata* (Illig.) = *braziliensis braziliensis* (Swains.), tan semejante a la nuestra descripta, que sólo se diferencia por tener las secundarias externas más largas que las cubiertas mayores. Esta especie también del Chaco, ha sido obtenida por el Museo Nacional en la Isla de Martín García, según el Dr. Dabbene menciona en el nº 2 del vol. I de EL HORNERO.

MISCELÁNEA ORNITOLÓGICA

Por LUÍS M. DINELLI

¿ Serán dañinos los picaflores ?— Los coleccionistas logramos siempre capturar todas, o casi todas, las especies de troquílidos de las regiones que exploramos. Cazado un ejemplar es necesario, ante todo, proceder a la desecación de la boca del ave, ya que en seguida de muertos los picaflores devuelven el néctar que guardan en su estómago o buche; lo que hemos comprobado, pues al efectuar la preparación hallamos siempre en su estómago o su buche, solamente pequeñas arañas de varias especies, y nada de néctar. Creemos por esta razón que el néctar no es el alimento de los troquílidos: mas los pequeños arácnidos incapaces aún de cazar, tienen que alimentarse de néctar, quedando escondidos en el cáliz de las flores o entre los pétalos en donde el picaflor los captura.

Se deduce que en el buche del picaflor repleto de arañas, éstas prensadas entre sí, tienen que reventar y soltar el líquido o néctar que ingirieron. Es cuando vemos el ave descansar posado sobre ramas y frotar en ambos lados su pico, devolviendo el néctar que no necesita.

Llegamos, a pesar nuestro, a una conclusión: Que si la araña es útil, el picaflor, entonces es dañino, y referiré una observación que vendría a confirmar la conclusión antedicha.

En una pequeña quinta de duraznos, había uno al lado de una galería, tan próximo como un coleccionista podía desear. Principiada la florescencia empezaron a llegar los *Heliomaster furcifer* (picaflor azul de barbijo). Era esta una especie que me interesaba y desde la galería me acomodé para cazarlos. Traté de cazar todos los ejemplares que se presentaron, de modo que los que no cayeron fueron ahuyentados. Se comprende que los arácnidos, escondidos entre los pétalos, fueron así protegidos y salvados. En fin, terminó la florescencia y los frutos crecieron para madurar a su tiempo.



Fig. 1. — Paisajes tucumanos. Termas del Río Hondo, en cuyas márgenes se encuentra el tiránido, *Pseudocolopteryx Dinellianus*, entre los arbustos de *Baccharis lanceolata*.

Fué luego, para mí, una revelación cuando comprobé que los frutos del árbol situado al lado de la galería no fueron atacados por la larva de la mosca parásita, mientras que los otros durazneros todos lo fueron.

En efecto: el picaflor va o no a la flor del durazno. Sabemos que las flores tienen siempre la misma característica, pero no siempre hay arañas. Se deduce entonces que si el picaflor visita la flor del durazno es que hay arañas, las que elimina permitiendo que la mosca deposite las larvas que se desarrollarán tranquilas en la fruta para deteriorarla. Si no hay arañas ocurrirá que el picaflor no irá a revisar las flores, y también en este caso las larvas estarán en abundancia en toda la fruta.

Parece, pues, que la invasión de la larva de la mosca es consecuencia de la ausencia de las arañas, y así debe ser, ya que sabemos que muchas arañas no tejen telas a pesar de sus husos y estas especies cazan por sorpresa y con preferencia toda clase de mosca.

En cuanto a la lengua del picaflor es bífida y armada su horquilla con láminas cartilaginosas muy apropiada para aprisionar arañas y no para absorber néctar.

El amor al nido. — Un tiránido, *Elaenia albiceps parvirostris*, había instalado su nido sobre una rama saliente de Guayacán (*Caesalpinia*). Para revisarlo con el fin de recoger los huevos, empecé con agarrar la extremidad de la rama, tratando de acercar el nido hasta el alcance de mis manos. Desgraciadamente, en el momento de mayor tensión la rama se quebró y una vez truncada cimbró con violencia hacia arriba, arroján-

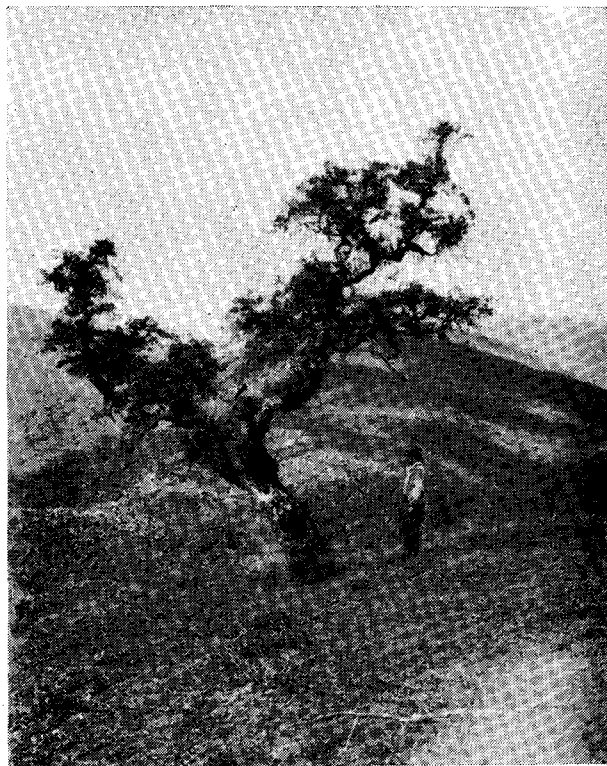


FIG. 2. — Arbol de Queñoa (*Polylepis australis*), en La Lagunita, de la cumbre de Anfama, a 2.540 m. sobre el mar. Pajonales habitados por el furnárido, *Siptornis leptasthenuroides*.

do del nido los tres huevecitos que contenía. ¿Qué hacer en este trance? Únicamente apoderarme del nido para agregarlo a otro ya en mi colección. Decidí trepar a la planta y traté de acercarme con precaución hasta el nido. Al llegar más o menos a un metro de distancia, veo con sorpresa que la madre se abalanza, desesperada y furiosa, encima del nido, sin ver que faltan los huevos, pero se acomoda apresuradamente en el hueco, que cubre totalmente con las alas como si estuviesen los huevos.

En esta posición se queda e impávida desafía mi presencia. Ya no se mueve, sólo sabe que cubre el nido.

Solamente cuando el machete golpea violento, a pocos centímetros del nido, lo abandona.

Un caso raro de incubación.— Llegué a una casita de campo donde solía permanecer para dedicarme a coleccionar. Un niño, durante mi ausencia, había hallado dos huevos de dormilón, *Caprimulgus parvulus*. Sabemos que este caprimúlgido pone simplemente en el suelo, sin revestimiento de pajas, hojas u otro material. Los huevos fueron colocados en una lata suspendida cerca de una pared, esperando mi llegada. Cuando me presenté, hacía ya cuatro días que los huevos habían sido recogidos, y por mi parte no me apuré en vaciarlos, sino que esperé unos ocho o nueve días después de la fecha en que fueron encontrados.



FIG. 3. — El Molle, en la Quebrada de Amaicha (2.900 m.). Al fondo, el Alto del Tío, camino a Los Cardones. Hacia el norte han sido encontrados el loro, *Cyanoliseus andinus*, y la perdiz, *Calopezus intermedius*.

Una sorpresa más me esperaba; al intentar vaciarlos encontré los embriones desarrollados y a punto de reventar o salir de la cáscara, en pleno vigor vital.

Cierto es que en la casa en que fueron guardados, la temperatura debía oscilar entre 20 o 30°, pero nunca tuvieron en los nueve días de cautiverio la temperatura materna de 40.

¿Qué podría deducirse? El *Caprimulgus parvulus* ¿incuba o no sus huevos? Debemos creer que sí, pero habría que comprobarlo.

Obstinación.— Cerca de una senda un naranjero, *Thraupis bonariensis* había hecho su nido encima de una acacia al alcance de la mano. Me interesaban los huevos aún frescos y los recogí llevándolos a mi campamen-

to, dejando el nido a la merced del tiempo. Al día siguiente volví por la misma senda y encontré que la hembra del tanágrido seguía incubando. Revisé nuevamente el nido, pensando que tal vez un tordo, *Molothrus*, hubiera puesto algún huevo, pero no era así, el nido estaba vacío.

Pasé otro día, y por tres veces encontré la hembra que seguía incubando el nido así desocupado.

Esta obstinación es corriente en las gallinas, pero nunca pensaba observarla en una avecilla silvestre.

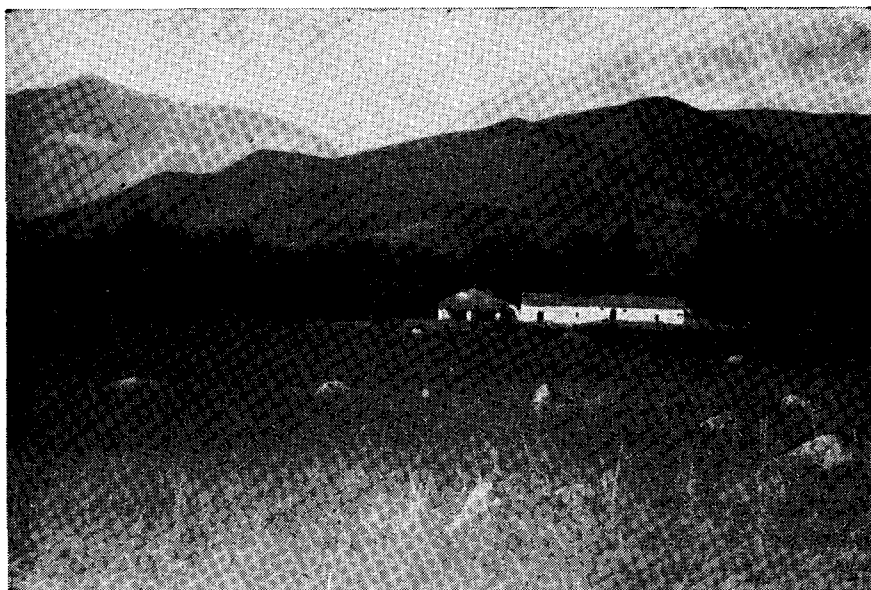


FIG. 4. — Tafi del Valle (2.000 m.). Se divisa el Cerro Nuñorco y la Loma del Medio. Casa almacén del Río Bravo, estada obligada de los que van a las cumbres.

Recelo. — Un fringílido, *Saltatricula multicolor*, fué sorprendido encima de su nido. Al aproximarme, el pájaro voló apresurado, pero no lo reconocí. Revisé el nido, que tenía cuatro huevos que conté con los dedos sin moverlos, salvo uno que tomé para observarlo. Su forma y color me parecieron ser de *Saltatricula*, aunque el tamaño era muy chico. Coloqué el huevo en su lugar y me escondí en un matorral espeso, esperando el retorno de la madre.

La espera fué larga, pero yo aguardaba con paciencia, pues era preciso identificar la especie.

Por fin, advertí que desde otra planta se aproximaba un *Saltatricula* hasta que de salto en salto se aproximó al nido. Ya no había duda, pero convenía esperar aún. Vi que se detuvo a poca distancia del nido, quedando quieta como para observar, luego con un último salto se posó sobre el borde de su nido.

Como impulsada por un resorte dió entonces un salto acompañado de un aleteo violento y disparó furiosa para no volver más.

Me pregunto: puesto que yo la espanté del nido, ¿qué señal puede haberle indicado que mi mano lo había profanado? Es incomprensible para mí la penetración del ave.

Tucumán, noviembre de 1933.

SOBRE EL CONTENIDO ESTOMACAL DE AVES ARGENTINAS

POR ANGEL ZOTTA

Continuando las investigaciones de los contenidos estomacales de los ejemplares que casi diariamente llegan a la Sección Ornitológica del Museo, presento hoy la lista siguiente, que ampliaré las ya publicadas sobre el mismo asunto, por los Sres. Reynaldo O. Aravena, P. Serié, C. Marelli y las más últimas. (EL HORNERO vol. I, pág. 221, vol. II, pág. 230, vol. IV, pág. 38 y vol. V, pág. 77).

Las observaciones realizadas confirman las prolijamente hechas por los señores mencionados, de que los alimentos, ya habitualmente asignados a determinadas especies, no siempre presentan un carácter constante y es más fácil que el animal se adapte a las circunstancias del ambiente o necesidades sentidas en las estaciones rigurosas y pobres, supliendo un alimento por otro, antes que renunciar a todos, o emigrar a zonas que puedan proporcionarles el sustento de su predilección. No es raro observar que especies que hasta ahora teníamos por exclusivamente granívoras, se han vuelto insectívoras, ingiriendo también pequeños moluscos y pececillos, como también elementos vegetales llegando a adoptar una alimentación mixta.

El número de análisis de una misma especie, en diversas épocas (el mes, en números romanos figura entre paréntesis) y lugares distintos, corrobora en parte lo anteriormente afirmado.

Familia Tinamidae (*Perdices*)

Nothura maculosa (Temm.) N. v. « Perdiz chica ». — Buenos Aires, Prof. M. Doello-Jurado (IV). — Insectos: himenópteros, *Formicidae*, gén. *Acromyrmex*; coleópteros y semillas y otros restos vegetales.

— Entre Ríos, Prof. M. Doello-Jurado (VII). Restos vegetales con semillas, arena fina y dos Nematelmintos.

Eudromia elegans elegans Orb. et Lafr. « Perdiz copetona ». — Calopezus, Buenos Aires, Sr. J. B. Daguerre (IV). Insectos: coleópteros, (*Elateridae*, *Scarabaeidae*) y restos vegetales con semillas.